

Un cuadro de
 María Magdalena,
 pintado por
 Leonardo de Vinci



PRONTO hará de esto treinta y tres años, ya que ocurrió en Agosto de 1.928. Don Antonio Alfonso Mozas, en Salamanca, al poner en orden objetos antiguos de sus antepasados, fijó su atención, solicitada irremisiblemente por el misterioso poder de lo bello, en un lienzo pictórico de asunto religioso, de refinado dibujo, armónico de composición y colorido, de tonos apacibles y revelador de un artista inspirado, sutil, espiritual, con dominio absoluto del medio expresivo; en una frase: de un genio de la pintura mundial.

No tuvo límites el asombro del señor Mozas al descubrir, con caracteres de los comienzos del siglo XVI y en un ángulo de la parte inferior del cuadro, la firma del pintor que nos legara la sonrisa enigmática y seductora de Monna Lisa y entre todas las representaciones conocidas del divino rostro de Cristo, la que refleja con mayor intensidad el dolor humano.

El asunto del lienzo aquél está hondamente sentido, y tratado con amor y sencillez admirables, apareciendo, en primer término, y tendida sobre el duro suelo, delicada y maravillosa figura de mujer penitente, con túnica de colores oscuros, pardos, que deja adivinar a través de sus pliegues, moderna y lamentablemente restaurados, las bellas proporciones del cuerpo y ver unos lindos y sonrosados pies, de color suavísimo.

María Magdalena, que tal es el personaje del Nuevo Testamento representado por el artista, apoya su nimbada cabeza, destacándose ésta sobre el fondo negro de una repintada roca, en el desnudo y acodado brazo derecho, y el rostro, de expresión triste, encuadrado por las tocas y los cabellos, negros y abundosos, que de entre ellas salen, descendiendo por encima del pecho, se inclina ligeramente para leer un libro colocado en el césped que cubre la tierra. El brazo izquierdo, de un dibujo y un colorido verdaderamente encantadores, sigue la dirección del libro, y sobre sus folios se extiende, sujetándoles, la mano fina y delicada de la pecadora. A la izquierda se alza, trágica, imponente, la figura del Crucificado, y al otro lado,

también en primer término, y casi en el mismo plano del libro, aparece un vaso con artísticas filigranas y ornamentaciones, que representa el de los aromáticos ungüentos, con los cuales Magdalena, la mujer que «amó mucho» y por su amor fueron perdonados sus pecados, en casa del fariseo, perfumó los divinos pies de Jesús, y, arrepentida, hubo de besarlos, una y otra vez, regándolos con sus lágrimas.

Tras la figura central del cuadro, a la derecha del espectador, dos altos árboles entrelazan amorosamente sus florecidas ramas, y, a la izquierda, un grupo de elevadísimas y abruptas montañas parecen rasgar con sus agudos picachos el azul del cielo que se extiende sobre un ameno valle, iluminado por los últimos y mortecinos rayos del sol poniente.

La mayor parte de los técnicos y críticos de Arte que entonces y posteriormente examinaron el cuadro, prescindiendo de la firma de su autor que se lee en el libro, han dicho, después de comparado con otras obras, que el dibujo, el colorido, la composición y la técnica, revelan el pincel gigante de Leonardo de Vinci.

ELOY DIAZ JIMENEZ Y MOLLEDA

NUESTRA PORTADA

Detalle del cuadro «La Magdalena», pintado por Leonardo de Vinci. (Composición y montaje de Martínez Utrilla).

Novedades

Mary Carmen

Ropa de trabajo - Mercería

Confección de Niño - Géneros de Punto

Viteri, 45 - Teléfono 5-58-38 - RENTERIA